

# El trasfondo comunitario

*José Luis Tejeda González\**

## *Resumen*

A la comunidad se le identifica con la vida tradicional. En esta, la sociabilidad viene dada por la adscripción y pertenencia a un continuo. De ahí que la comunidad sea vista como una organización social natural. Los procesos de diferenciación y especialización van dejando atrás mundos arraigados. La modernidad y los valores universales se enfrentan a la resistencia de los mundos comunitarios. La comunidad queda como una fuente de resistencia, un refugio y una proyección de un mundo armonioso, ante los embates de la modernidad, la racionalidad y el individualismo. El comunitarismo tradicionalista entra en retirada, lo que no ocurre con la búsqueda de la comunidad como protección y como aspiración de un mundo más integrado y cohesionado.

*Palabras clave:* comunidad, continuo, modernidad, individuo, tribalización.

## *Abstract*

The community is identified by the traditional life. In it, the sociableness is given by the attachment and belonging to a continuum. Hence that the community is seen as a social natural organization. The processes of differentiation and specialization have left behind deep-rooted worlds. The modernity and the universal values face the resistance of the community worlds. Communal remains as a source of resistance, a refuge and a projection of harmonius

\* Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco; <gorgias10@hotmail.com>, <joseluis\_tejeda@infosel.net.mx>.

worlds, before the batterings (onslaught/attacks) of modernity, rationality and individualism. The traditional communitarianism retreats, but this does not happen with the search of the community as protection and as aspiration of a more integrated and cohesive world.

*Key words:* community, continuous, modernity, individual, tribalization.

## Comunidad y naturaleza

La idea de la sociedad es evidentemente moderna. Con más razón si nos referimos a la sociedad civil, siendo en ella una condición, indispensable para su existencia, la organización política. La idea y la experiencia de la comunidad son más antiguas y se confunden con los orígenes del hombre y de la civilización. La comunidad se caracteriza por el continuo de la naturaleza, la comunidad y la sociedad primaria. Las agrupaciones humanas iniciales se dan por la filiación y el parentesco, y en un nivel de agregación mayor se sustentan en la adscripción territorial. En la vía del parentesco y de la adscripción territorial, la asociación humana es necesaria, obligatoria y forzada; luce como natural y evidente en sí misma. Los integrantes de las comunidades parentales y territoriales no escogen o eligen la pertenencia a tal asociación, y el trasfondo de lo comunitario se confunde con lo natural, entendido como una extensión de la naturaleza a la vida social.

Otra adscripción importante de las comunidades primarias es lo religioso, la gestación de una casta sacerdotal y el establecimiento de ritos, mitos y una cosmovisión religiosa de los orígenes del mundo, de los hombres y mujeres, así como de la comunidad. Se nutre del pasado, de la tradición y de lo que se preserva para que la comunidad sea dotada de un sentido y una significación colectiva. En las religiones naturalistas, los dioses se confunden con la naturaleza, y resulta sorprendente la simetría y similitud en civilizaciones distantes acerca de los dioses y diosas del sol, la luna y la madre tierra. En la mitología religiosa andina, la vida se gestaba en el seno de la Pachamama (Rostworowski, 1988:15). La adscripción territorial y lo religioso se

combinan para las cosmovisiones en que se exalta la Tierra, la diosa de la fertilidad y de lo nutricional, los dioses de la vitalidad y de la sensualidad. En otras latitudes, el dios griego Dionisos, deidad del vino, ejerce su tutela en la naturaleza generosa y portentosa (Daraki, 2005:63-64). La comunidad se identifica y se forma por nacer en una tierra, un lugar determinado o porque se va a llegar a una tierra prometida, mítica y legendaria, como ocurre en la narrativa hebrea y mesoamericana. La defensa de la tierra como dadora de la alimentación, la casa y el abrigo es importante como asiento de la civilización, como búsqueda o punto de llegada a un sitio determinado. La comunidad como asentamiento de tribus y aldeas, que a su vez se agregaron sobre la base de las familias y comunidades emparentadas, es la manifestación de la continuidad que preserva el mundo comunitario. La importancia del parentesco, la adscripción territorial y las ligaduras religiosas explican las comunidades originales en sociedades reguladas orgánicamente y en las que no existen los individuos, la discontinuidad y mucho menos la modernidad.

La comunidad nos retrotrae en principio a la imagen de mundos armoniosos, integrados y pastorales. Hay en esas imágenes idealizadas del pasado una mitificación de la existencia comunitaria perdida. Es un hecho que la comunidad apela a un trasfondo natural o cuasi natural que se pierde en los albores de las civilizaciones. Desde antes que aparecieran la escritura y las leyes escritas, en las comunidades humanas se daban códigos de conducta y comportamientos sociales que apelaban al trasfondo de lo comunitario. Luego existirían componentes explícitos y escritos de las normas y conductas, leyes y códigos que orientan el comportamiento humano y, como quiera, existe un trasfondo no explícito o escrito que forma parte de la integración y el funcionamiento de las sociedades humanas. Es aquello que consideran normal a la condición del ser humano, derivado de su práctica y uso sistemático. Lo que resulta común en términos numéricos y de calidad se impone sobre diferenciaciones y especificidades. En las sociedades primitivas es el cuerpo social el que detenta el poder y se ejerce como una unidad indivisa, sin órgano de poder separado y sin dominadores ni dominados (Clastres, 2001:114-116). Las divisiones naturales y sociales del trabajo y la actividad práctica

inciden en el desdoblamiento de las comunidades humanas, dentro de un trasfondo de acuerdos, convenciones y reglas genéricas que explican la integración y cohesión de los grupos humanos. La división y especialización crecientes de las comunidades tradicionales iría a relaciones sociales más funcionales e impersonales.

¿En qué momento se pasa de las sociedades en las que predomina la solidaridad mecánica a las orgánicas, a la manera de Durkheim? ¿Cuándo se abandona el continuo natural y se va aceptando progresivamente la discontinuidad de la modernidad? En Durkheim las sociedades orgánicas son aquellas constituidas no por una repetición de segmentos similares y homogéneos, sino por un sistema de órganos diferentes, cada uno con su función especial, formados de partes diferenciadas (2007:50). Se consuma el tránsito cuando se da la ruptura de mundos originarios y mitificados para entrar de lleno en la vorágine de una vida moderna que no alcanza a desprenderse del trasfondo de lo comunitario, pues no puede hacerlo o no debe hacerlo del todo. El tejido de la comunidad se sustenta en la cohesión que brindan la tradición, las costumbres y los valores que lucen naturales y, por ende, eternos. El trasfondo es aceptado por los integrantes de la comunidad como algo necesario e inevitable. El hombre se encuentra incorporado plenamente en el continuo del mundo comunitario; es una extensión y una prolongación de este. De ahí la importancia de preservar el pasado mediante la tradición, los valores y las costumbres, que se aceptan sin chistar. El fundamento de la autoridad es paternal, patriarcal, guerrera o sacerdotal, lo que permite que el poder se ejerza de arriba hacia abajo. La debilidad o inexistencia de la propiedad o la posesión no permite la toma de distancia de la persona ante el entorno, que es un ecosistema económico, social y político. Esa imposibilidad de fijar los límites en que se inicia la persona, más allá de lo corporal y de lo físico, es lo que caracteriza al mundo comunitario. Y eso se da por una situación que se considera de orden natural, de ahí la conexión entre la naturaleza, la comunidad y sus integrantes.

## La comunidad en la modernidad

Históricamente, la comunidad se encuentra en los albores civilizatorios. Lo interesante es que se sigue hablando de comunidad en sociedades modernas y hasta se utiliza el término para identificar una anhelada comunidad internacional. A veces se trata sólo de un abuso en la utilización del término, aunque esconde la persistencia de lo comunitario, de lo continuo, del afán por no alejarse mucho del común, por temor y miedo al aislamiento, a la soledad o a la incomunicación. Bataille decía que la discontinuidad empieza con el nacimiento del ser humano, con la ruptura del cordón umbilical en que se inicia la soberanía personal (1985:24-28). El deseo por volver al continuo del que hemos sido despojados nos atiza a buscar a los otros, a los demás. La experiencia amorosa es una fusión con lo continuo por evitar la soledad de las personas. Igual ocurre con la comunidad religiosa, en el afán por trascender la condición de finitud de los seres humanos y ser parte de algo que brinde un sentido a la existencia. Así que la comunidad acompaña la existencia del hombre y no la abandona jamás. Lo que ocurre con la vida moderna es que la comunidad tradicional se sacude, se trastorna, y con la discontinuidad individualista se modifican las bases de la convivencia social. El contractualismo económico, social y político se erige a partir de individuos que deciden pactar y contratar, por lo que la sociedad es una convención, una suma de esfuerzos individuales y un acuerdo básico de individuos que dan lugar al contrato social. Se opone al comunitarismo, que viene de épocas añejas y se confunde en el tiempo con los orígenes y lo mítico. La comunidad se impone antes de cualquier contrato o pacto constituyente. Uno de los argumentos comunitaristas contra el liberalismo sostiene que la comunidad es previa a los individuos y que los resultados se brindan colectivamente, no en lo personal (Dworkin, 1996:165). Las condiciones mismas del contrato están dadas por una comunidad que lo permite.

La naturaleza del contrato es antes que nada de índole económica. La irrupción del dinero y de la riqueza material, junto con el sentido de posesión y de propiedad, introducen la discontinuidad y la disgregación en la comunidad atávica. Los individuos contratantes se

ven precedidos por los mercaderes y comerciantes que no apelan a tradiciones, valores o costumbres milenarias. Las divisiones sociales del trabajo y la diferenciación funcional creciente inciden en la diversidad y complejidad de la sociedad moderna y en la individualización que resulta aparejada. La sociedad civil moderna es un mundo de individuos que contratan en lo económico, lo social y lo político. El individuo se ve empujado y orillado a entrar en un mundo cada vez más en competencia y en riesgo ante los demás. A diferencia del entorno familiar que brinda seguridad, protección y cariño, la vida con los demás se vuelve desalmada (Taylor, 1996:310-311). No es la guerra de los tiempos heroicos, sino las disputas cotidianas por alcanzar un empleo, llevar el sustento a la casa, generar riqueza, venderla e intercambiarla, salir adelante en la competencia con otros productores o vendedores. La comunidad antigua no existe más ahí donde se da una sociedad de individuos contratantes, mas se le extraña, se retrotrae a mundos más restringidos y resurge en otros planos y dimensiones de la existencia social. Hay un deseo de ser parte de algo ante un universo adverso, inhóspito y competitivo en que se llega a perder o a quedarse atrás en la disputa del mundo. El hogar y la familia quedan como uno de los espacios tradicionales y comunitarios. Aun así, es conocido cómo la familia moderna se ve sacudida y atravesada por conflictos personales, económicos o sociales. El incremento de la violencia intrafamiliar se explica porque hasta el entorno más entrañable de la existencia humana se ve afectado por el mundo desalmado que se impone en el exterior.

Lo comunitario aparece en mundos restringidos que se protegen de los embates del exterior, resisten a la evolución de la sociedad capitalista y del mundo moderno, o se quieren convertir en alternativas más sociales y colectivistas de lo que es posible. Las formas de identidad elementales como las territoriales, familiares y religiosas sobreviven por el afán de integración del hombre gregario. La tendencia a la individualización y a la ciudadanía global se ve contrarrestada por la aparición de identidades locales y restringidas en las que se encuentra el espíritu de cuerpo, que se desvanece en los circuitos de la mundialización. El ideal ilustrador y universalista del cosmopolitismo se ve como irrealizable. Por la vía de la racionalización se va acercando,

aunque el programa completo es de pronóstico reservado. En el contraste con la razón universalista, se vuelve a las raíces, a lo entrañable, que en los vericuetos de la modernidad resulta en el mundo de las pulsiones y la subjetividad. Ese es el camino para la tribalización y la fragmentación del mundo y las sociedades. La diferencia entre la ciudadanía francesa, más orientada a valores universales y racionales, y la ciudadanía alemana, más propia de la comunidad cultural, expresa el contraste antes indicado (Kastoryano, 1998:47). Los Estados-nación han sido un camino intermedio, al realizar hasta un cierto punto los ideales universalizadores y darle especificidad al proyecto racionalizador. Se da y se impone una lengua nacional, una mitología cívica y oficial, un Estado centralizador y fuerte, así como límites y fronteras territoriales establecidas en donde empieza y acaba lo propio y aparece lo ajeno, lo que resulta extraño. Hacia el interior de los Estados nacionales se reproducen formas comunitarias al infinito, y si algo las une es el sentido de la pertenencia nacional. Múltiples identidades territoriales, raciales, religiosas, ideológicas y políticas convergen en la identidad de lo nacional. La experiencia de lo comunitario brinda más abrigo y seguridad que la relación aislada del individuo ante lo nacional y lo mundial.

De la supervivencia de formas de las relaciones comunitarias ancestrales y entrañables, como la familia y los grupos extensos parentales, se da una derivación hasta la confusión de ámbitos entre lo privado y lo público. En sociedades tradicionales y agrarias, el compadrazgo y el apadrinamiento son vías de la reproducción de relaciones de parentesco en el ámbito civil y público. En las naciones con procesos modernizadores se ve mal dicha confusión y mezcla de ámbitos que son tildados como nepotismo y corrupción. La corrupción, entendida en términos estrictos como “decadencia institucional” y en el más amplio sentido como la utilización de los funcionarios públicos de su función social con fines provechosos, es un mal de la vida contemporánea (Heidenheimer, Johnston y Le Vine, 2002:31). En la esfera pública se exigen aptitudes y méritos, mientras que las relaciones familiares fijan criterios dinásticos o de apadrinamiento a los aspirantes para enrolarse en el servicio público. Cuando la familia se reduce al ámbito personal e íntimo, reproduce formas del comu-

nitario en las que se da más relevancia a la protección y el cuidado de sus miembros que a fomentar el individualismo, el espíritu de competencia y la rivalidad interior. En menor o mayor grado, en todas las personas existe el interés por el reconocimiento y el afán por destacar, así que la disputa por las competencias es común en el género humano, sólo que los reductos familiares quedan como los espacios que estarían más al margen de esos criterios. A pesar de ello, se dan disputas, pleitos y conflictos familiares, aunque moralmente se condena la enemistad y el odio entre parientes, sobre todo entre padres e hijos y entre hermanos. A diferencia de la vida comunitaria familiar, la función pública requiere de mediciones más objetivas e impersonales en la calidad del servicio y de las actividades sociales; es menos comunitario y más societal; menos proteccionista y más competitivo. Otra esfera privada, como es la empresa, es todavía más competitiva y mucho menos tutelar para el trabajador.

El comunitarismo no es exclusivo de círculos familiares y restringidos, aunque se va reduciendo a estos mismos. La idea de la “hermandad” universal es propia de la modernidad política. Hacer del planeta un espacio habitable para todos, para los iguales, sin distinciones y sin diferencias expresa el ideario de una comunidad internacional. De hecho, se habla de esta a pesar de que los conflictos, desavenencias y guerras, acompañan la historia de los seres humanos. Algunos la denominan “sociedad civil democrática” ante el Estado y el mercado (Barber, 2000:47-54). Así que en el espíritu mismo de la modernidad cultural y política se daría otro trasfondo comunitario, y el humanismo que subyace en la cultura occidental de los últimos quinientos años es una reminiscencia de lo comunitario y un afán por fundar una comunidad de paz, entendimiento y apoyo mutuo entre las personas. Lo complicado es cuando afloran las reminiscencias jerárquicas de quienes no conciben o se oponen a una comunidad mundial, y se dan las nuevas formas de promoción de las desigualdades, la opresión y la humillación. Al surgir diferencias irreconciliables, se vuelve más difícil la convivencia comunitaria. Cada quien quiere hacer prevalecer sus puntos de vista y sus intereses grupales y nacionales, por lo que la diversidad y las diferencias son asunto del mundo moderno. Aquí es donde tiende a quebrarse la opción comunitaria. Al defender



un trasfondo común, incluso, pretender imponerlo a los demás, es cuando el comunitarismo se ve rebasado por la modernidad cultural y política. En las relaciones internacionales queda como un trasfondo de buenas intenciones. La experiencia de la modernidad va sustituyendo valores y costumbres ancestrales que serían fuente de la singularidad, por valores instrumentales que van racionalizando y universalizando el trasfondo de la comunidad mundial. Eso que se denomina como la crisis de los valores occidentales no es más que la sustitución progresiva de los valores comunitarios por valores abstractos e impersonales, que a ojos de los grupos más fundamentalistas no se consideran como valores integradores y cohesivos, o lo son en un grado mínimo.

### **Valores, costumbres y tradiciones**

A lo comunitario se le asocia directamente con las sociedades tradicionales; no necesariamente corresponde a la realidad, aunque es uno de los rasgos que lo caracterizan. Lo que mantiene la unidad y la cohesión de la comunidad es el trasfondo de valores, costumbres y tradiciones que le son específicas. Eso es lo que traza la frontera con los que son fuereños, extraños y que son los otros, los diferentes y los distintos. Al interior de la comunidad territorial, familiar, armada, religiosa, lingüística, racial e ideológica, las diferencias son mínimas y, cuando afloran, se administran en los marcos del contexto colectivo. Cuando las diferencias se intensifican demasiado, el trasfondo comunitario se desgarrar y altera, lo que da lugar a divisiones y fracturas persistentes que disgregan la comunidad y nos instalan en algo similar al dilema de la sociedad moderna. En el comunitarismo, las diferencias se procesan más allá de lo individual y lo personal. En una comunidad amorosa se da una fusión de los diferentes y distintos para que la relación sea más que uno o dos, como dice una canción popular. En la comunidad religiosa, el acto de fe y entrega es importante como inmersión en la continuidad de la experiencia mística y espiritual. La identificación con el grupo en las comunidades lingüísticas, étnicas, raciales e ideológicas es tan fuerte, que se debilita el desarrollo au-

tónimo e independiente de las personas. En la contraposición de la comunidad y el individuo, se funda la diferencia entre una sociedad tradicional y el mundo moderno.

Eso explica la importancia que adquiere la preservación de valores, tradiciones y costumbres acendradas que dan sentido y orientación a los seres humanos. Al nacer y crecer en un grupo o en una comunidad con ciertas características naturales y territoriales, étnicas y raciales, religiosas e ideológicas, se les asume como propias, y la comunidad se hace de mecanismos para que sean cuidadas y preservadas en aras de la continuidad del grupo colectivo. Se sabe —y más con la experiencia de la modernidad tocando a la puerta— que, al darse la toma de distancia del sujeto ante el entorno, el descentramiento y el desencanto nos conducen a una autonomización que disgrega y altera los marcos de la experiencia comunitaria. Los populistas rusos querían encontrar una vía al desarrollo que no fuera capitalista, con lo que se preservaría lo más posible la comunidad campesina (Tvardovskaia, 1978:77-78). Eso era visto por los marxistas progresistas como una salida reaccionaria, como una ensoñación y una protección de un pasado que irremediamente quedaría cada vez más atrás. Los zapatistas mexicanos hicieron una revolución porque no querían cambiar, así que dieron el salto al vacío buscando el regreso de unos orígenes mitificados. Le depositaron su confianza a un hombre como Emiliano Zapata, apostando a que no cambiaría (Womack, 1985:5-6). En la visión comunitaria se quiere recrear la vida y la experiencia humana, apoyándose en el pasado remoto, mitificado y convertido en la fuente de sustentación cultural. Un intento que resulta vano por querer congelar el tiempo y por intentar anular la finitud de los seres humanos y de sus relaciones sociales. La mejor manera de preservar la comunidad es educando y promocionando los valores ancestrales como superiores e importantes para seguir unidos y cohesionados. Si los valores y costumbres se inculcan, imponen y preservan con la mínima coacción y coerción, es mejor aún. De ahí que la inocencia e incluso la ingenuidad sean identificadas como bienes positivos para que las comunidades se extiendan en el tiempo y se eternicen. Si hay que recurrir a la fuerza, no lo piensan dos veces, como ocurrió

con la comunidad forzada del socialismo totalitario, entre uno de los ejemplos más lamentables.

El ritual y la referencia al pasado adquieren importancia en la recreación de un presente continuo, atado a una tradición que se vuelve venerable. Los valores fundamentales del mundo occidental, que nos vienen heredados de la tradición grecolatina y la judeocristiana principalmente, se entrelazan a partir de la modernidad renacentista e instauran un antropocentrismo, en el cual los seres individuales tienden a volverse creadores e intérpretes directos de la realidad que los circunda. Los valores, costumbres y tradiciones más entrañables y venerables van a ser puestos en duda y enfrentados a una reinterpretación en el mundo moderno. Los más grandes interdictos y prohibiciones establecidos por la humanidad se ponen en la palestra de la discusión pública y algunos se imponen como obviedades de lo civilizatorio, ya no digamos de lo comunitario, otros se someten a la redefinición individual y colectiva y los más se van quedando en el camino, al ser vistos como rémoras del pasado, arbitrariedades culturales o tabúes y limitaciones sin sentido o en desuso. La experiencia comunitaria intenta abstraerse lo más posible del tiempo y extender su validez por lo memorable, lo que vale la pena mantener y que debe permanecer. Así que en lo comunitario se retraen valores fundamentales ahora puestos en entredicho.

La existencia moderna da sus valores propios que son más bien instrumentales y seculares. En ese sentido, los define como aquellos que tienen fines empíricos e intermedios; o sea, no resultan trascendentes (Apter, 1972:209-210). No es tanto que en la modernidad se pierdan los valores y no existan, sino que cambian, se adaptan y se modifican. Ahí es donde la experiencia comunitaria truena, se adapta o se encierra, alejándose lo más posible de lo vertiginoso de la ruta de la modernidad. Identidades fijas y dadas por la vida comunitaria quedan atrás, y se expande un campo abierto de posibilidades en el cual de una manera más sutil se preserva un trasfondo común, no a la usanza del comunitarismo, aunque se traducen en normas y valores que expresan la unidad de propósitos de los Estados nacionales y de la comunidad internacional. Los Estados nacionales están alejados del comunitarismo, incluso territorialmente, al englobar en su interior

a miles y millones de habitantes que comparten un presente y un futuro común. Se renuncia al carácter estrictamente territorial y sobre todo a identidades de orden étnico, racial o religioso para fundar y mantener a las naciones. Hay un desenraizamiento universalista (Marramao, 1993:13). La proclamación de los derechos universales del hombre y su extensión a mujeres, trabajadores, negros, indígenas, homosexuales o ateos, expresa la constitución de un individuo-ciudadano moderno situado ante el Estado y la comunidad mundial. Algunos autores hablan de un sistema supraestatal de garantías con una regulación vinculante de la obligación de los Estados (Bovero, 2001:17-18). La integración y adhesión del ciudadano moderno al Estado se realiza con referencias abstractas a la libertad, la justicia, la democracia o los derechos humanos, independientemente de los criterios raciales, étnicos, sexuales o ideológicos.

Ese es el modelo sobre el que se reproducen las naciones modernas y que disgrega los mundos comunitarios o los retrae a los ámbitos restringidos de lo local, lo regional, lo sectorial y lo grupal. Hacia afuera de los grupos comunitarios, se les ve como otros tantos intereses económicos, étnicos, raciales y culturales que valen y se hacen valer en el trato con los demás. Sólo que no resultan universales. Hacia el interior se da el reforzamiento de los vínculos comunitarios y se da la convicción entre sus integrantes y miembros que se vive en la rectitud. El corte y la distancia de las comunidades con los espacios de lo nacional puede desembocar en posiciones fundamentalistas y tribales, en las cuales es más importante el grupo primario y comunitario que la inserción en lo nacional, que es distante, conflictivo, diverso y complejo. Eso implica articulación de intereses variados y resultados negociados que, en ocasiones, no gustan o dejan de satisfacer los intereses primarios. Así que no es extraño que lo comunitario incida en la tribalización de las relaciones sociales y que, en plena globalización y en la explosión de las identidades, los intereses comunitarios incrementen su presencia ante los flujos humanos internacionales. Los autonomismos regionales y colectivos se inician muchas veces como reivindicaciones de comunidades que reclaman espacios y representación en la esfera nacional y que terminan alentando la segregación social y el separatismo político. El

reclamo de la autonomía a grupos étnicos, como los indígenas y su forma ancestral comunitaria, vuelve más difícil la situación, al negar los fundamentos individuales y ciudadanos del Estado moderno y aducir que el convenio político no se les puede imponer como si fuera coacción (Villoro, 1998:70-71).

Tanto en los Estados nacionales como en la comunidad internacional se da un trasfondo valorativo, sutil e invisible, porque se promueven valores que impulsan la construcción de sujetos autónomos y la libre elección personal. Los valores comunitarios y tradicionales velan por los intereses del común y de lo colectivo y, por lo mismo, se desalientan y se castigan incluso desarrollos personales importantes. Así que las normas y los valores comunitarios se inculcan y se imponen cuando es necesario. Los valores de la modernidad política resultan menos visibles, por su condición abstracta y genérica. En algún autor se da una defensa de valores compartidos, de una “virtud republicana” necesaria para la buena sociedad (Etzioni, 1999:113-114). En una línea similar, Pettit, promotor del republicanismo, dice que lo que se debe preservar e impulsar son el Estado de derecho y las virtudes cívicas (1999:38-39). La adhesión a los Estados nacionales y, más aún, a la comunidad mundial se realiza con valores impersonales que destacan los méritos individuales independientemente de las identidades primarias. Una institución moderna despojada del patrimonialismo y de las cargas comunitarias realiza una evaluación de un servidor público, de un solicitante, o resuelve sobre una demanda o petición en función de criterios legales y jurídicos que implican la imparcialidad en la toma de la decisión, más allá de si es hombre o mujer, rico o pobre, heterosexual u homosexual, blanco o indígena. Hay toda una discusión acerca de los dados cargados con que proceden las instituciones y de cómo los intereses dominantes prevalecen en estas, muchas veces de forma subrepticia. Se le reclama a la institución que no es suficientemente imparcial y que tiende a favorecer más regularmente a los hombres, los ricos, los blancos y los heterosexuales. Eso no debiera llevar a favorecer a las identidades primarias agraviadas sólo por el hecho de serlo, lo cual sería otra forma despótica, ahora de los desfavorecidos, de excluir a los otros sólo por no ser parte de la comunidad restringida.

Habermas habla de un Estado cosmopolita como una forma jurídico-política que se vislumbra en el futuro, y de la que la Comunidad Europea es apenas un esbozo (2008:642-643). O sea, que normas y valores considerados universales serían el rasero por el cual veríamos los acontecimientos nacionales e internacionales. La idea de la comunidad mundial y universal nos viene de la Ilustración europea y de la Revolución Francesa, que proclaman a los cuatro vientos libertades y derechos para todos los habitantes de la tierra. Lo cual significa que, si a alguien se le tortura en una parte del mundo, los demás se indignan ante lo acontecido. Eso ocurre porque se comparte una idea de comunidad y de mundo en la que las atrocidades y las injusticias se vuelven asuntos de todos. Los valores de la modernidad política, además de abstractos, son simbólicos y aspiracionales. Se estaría proyectando un mundo posible en el futuro. Las fronteras nacionales salen sobrando cuando se trata de la humanidad. El marco valorativo y simbólico de una comunidad internacional en gestación y en perspectiva recupera ideales de la hermandad, la equidad y la justicia entre los seres humanos. El cosmopolitismo revaloriza una comunidad ideal, aunque el comunitarismo estrecho y tradicional está en conflicto permanente con los ideales universalizadores al arraigarse en lo local y lo autóctono. En aras de soberanías mal entendidas se preservan atavismos y despotismos locales y nacionales.

### **Comunidad, resistencia y proyección**

Un elemento destacable de las comunidades en la vorágine de la modernidad es su condición de resistencia, de rechazo a desintegrarse sin más en aras de ideales abstractos y de lealtades institucionales que resultan ajenas o, por lo menos, distantes. Si lo comunitario permaneciera, se darían reivindicaciones locales y específicas al infinito, no serían viables las naciones y aún sería más difícil la convivencia internacional entre tanta variedad y diversidad. Sólo con el lenguaje común se simplifica y facilita la comunicación humana, de manera que la homogeneización cultural requiere de esta herramienta colectiva. Un mundo sumamente disperso y fragmentado sería muy

incomunicado y, por lo mismo, susceptible de violencia social y política. Los Estados nacionales cumplen el propósito homogeneizador y rompen identidades y subjetividades locales y territoriales, llevando el centro de las decisiones fuera de los ámbitos comunitarios. A pesar de la pretendida superioridad de los ideales y metas universalistas por encima de intereses parroquianos y pastoriles, los seres humanos tienden a buscar y encontrar en identidades, que sienten cercanas y entrañables, un refugio, una protección y una seguridad que no les brinda lo más alejado de sí.

Si el Estado nacional y la comunidad mundial resultan demasiado distantes, se da la desafección y se vuelven la vista y las lealtades a entidades más asibles, directas y cercanas. Lo comunitario es fuente de resistencia a lo que se visualiza como lejano y extraño, con todo y su importancia y su validez universal. Más grave aún, cuando los fenómenos de la globalización, la modernidad y el capitalismo lastiman y lesionan intereses sociales, colectivos y comunitarios. La resistencia a debilitarse y desaparecer hace que los grupos afectados se retraigan a los vínculos más originarios. Así, se forman identidades y sujetos colectivos que estrechan vínculos afectivos y de comunión. La solidaridad entre seres humanos nos recuerda que a pesar de los desarrollos individuales y personales, se es parte del género humano. Lo que le ocurre a otros nos puede pasar a nosotros, y lo que sucede en un sitio distante es algo que nos compete, porque estamos conectados, formamos parte de la misma aldea global, del sistema mundo en que estamos inmersos. La dificultad reside en saber diferenciar lo que resulta justo y universalizable y lo que de entrada no lo es. En aras de ideales abstractos e inasibles se dieron los crímenes y atrocidades en las guerras mundiales y en las revoluciones sociales del siglo xx. De igual manera, al defender valores y costumbres locales y nacionales se cae en el error de justificar linchamientos colectivos, lapidaciones públicas o violaciones a los derechos humanos.

Las ideas del comunitarismo tuvieron un auge importante con las teorías socialistas y comunistas que denunciaban el individualismo contemporáneo y pretendían la superioridad de la dinámica colectiva y de los bienes comunes. En la medida que los bienes son comunes, se inhibe e impide el desarrollo individual. Uno de los anteceden-

tes del movimiento obrero inglés es la tradición comunitaria de las sectas protestantes y el milenarismo (Thompson, 1989:37-38). La socialización de los medios de producción, de los objetos y de los productos del trabajo, hizo que se hablara de trabajadores colectivos y de la producción social. Los trasfondos colectivos fuertes conducen a la imposibilidad o dificultad para la promoción de individuos autónomos. Como lo hemos indicado, hasta en las sociedades más libres existe un trasfondo social y comunitario que lo hizo posible. Así se fijan las condiciones sobre las que actúan los individuos y los sujetos sociales. Sólo que mientras unas sociedades fijan un trasfondo coercitivo, en otras se alienta el desarrollo personal. El pensamiento socialista, por cierto, dedicó como nadie una atención sobresaliente a la construcción de un sujeto colectivo, como es la clase obrera, que estrechó sus lazos solidarios al resentir políticas estatales y laborales que la dañaban y perjudicaban. A partir de los siglos XVII y XVIII se configura el derecho social con la autonomía de grupo y la solidaridad que lo caracteriza (Duvignaud, 1990:73). De la comunidad obrera se extraía la posibilidad de la reorganización total de la sociedad. La comunidad de los trabajadores resultaría una ficción, sustituida por el ejercicio del poder del partido comunista, con su estructura jerárquica y policiaca. Además de que la comunidad desde abajo se veía opacada por la reproducción de formas despóticas con dimensiones nacionales y mundiales, que igualmente se alejaban de la vida de las pequeñas comunidades, en este caso de los obreros.

El comunitarismo funciona mejor en los agregados y sociedades pequeñas, de baja escala demográfica y con una alta integración y cohesión social. Así, recordamos la recomendación de Rousseau de la forma de gobierno democrática para las comunidades pequeñas (1985:109-111). El mundo de lo pequeño y de lo local es campo propicio para opresiones y mezquindades contra los demás, aunque es, sobre todo, el sitio de las seguridades, la tranquilidad y la armonía. Muchas veces, sobre la base de las pequeñas imposiciones que casi ni se notan, se articula y funciona la vida social. Al no requerirse de un gran aparato de poder que garantice el orden y la estabilidad política, se recurre en menor medida al ejercicio de la violencia y la coerción ante la población. Si se quiere revertir la condición fáustica



de la experiencia de la modernidad, es necesario acabar con todo lo grandilocuente, o sea, las grandes obras, los grandes proyectos y darle su oportunidad a lo pequeño y lo modesto. La experiencia de la modernidad se deja llevar por dicha condición faústica (Berman, 1992:28-29). La frase famosa de que lo pequeño es hermoso se antoja romántica e irrealizable. Schumacher se opuso a la mentalidad gigantista y decía que dentro de las grandes corporaciones se daba un esfuerzo por crear lo pequeño dentro de lo grande (1990:54-55). Es quizás imposible oponerse con éxito al torrente imparable de la experiencia moderna, y los intentos por preservar las comunidades pequeñas se ven condenados al fracaso. Se ve como una ingenuidad querer oponerse al curso imparable de los acontecimientos históricos en los que lo más restringido cae en su irrelevancia, aunque es campo propicio para mitificaciones e idealizaciones del pasado y el futuro. En las interpretaciones progresistas clásicas, lo local y lo comunitario está condenado a ser eliminado y relegado a lo menos importante. Lo cierto es que no se va en definitiva, ya que la experiencia de lo comunitario, de lo continuo, de ser parte integral de algo, está acendrada en las condiciones psíquicas y sociales de los seres humanos. Pequeñas bandas, grupos tribales y sectores fundamentalistas nos recrean la memoria de que la sensación de integración en un mundo comunitario de lo compartido es más fuerte que los llamados genéricos y universalistas a ser parte de la humanidad, con todo lo loable que sea. Es el ir y venir de las masas tribales en el marco de un posmodernismo empático, de una nebulosa afectiva, de gente indiferente por lo que acontece en su alrededor (Maffesoli, 1998:20-22).

Además, lo pequeño, lo local y lo comunitario van perfilando y sustentando lo grande. En las teorías de las formas de gobierno, se consideraba que la democrática era propicia y recomendable para comunidades políticas pequeñas. Más allá de un nivel de desarrollo demográfico y territorial, se volvía irrealizable por la toma de distancia respecto al poder central, ante los ciudadanos e integrantes de las comunidades políticas; sólo la conjunción de la democracia con la representación política encaja hasta un cierto punto en las realidades contemporáneas (Dahl, 1992:40-41). Igual ocurre, quizás más pronunciado, en los marcos del Estado nación, en donde

las referencias a valores abstractos y a la legalidad se vuelven insuficientes para dotar del sentido de pertenencia a las personas. Así, se entienden los niveles en la identidad política que van desde ser parte de una comunidad pequeña, local, regional o sectorial, pasando por la adscripción a una nacionalidad, hasta llegar a formas de la identidad más universales y genéricas, como ser parte de la aldea global. Las identidades restringidas, por cierto, suelen estar más allá de las fronteras nacionales, que son vistas como imaginarias, arbitrarias y circunstanciales. Ser negro o indígena dota al individuo de una identidad transnacional que replantea la forma como se apropian los valores universales o como interpretan la declaración universal de los derechos humanos como derechos de grupos. Identidades oprimidas, de orden local o nacional, se articulan con grupos en circunstancias similares para enfrentar el estado de cosas común, alcanzando objetivos posnacionales con lecturas diferentes de los objetivos universalizadores de los Estados hegemónicos en el plano mundial. Lo comunitario irrumpe de varias maneras en la articulación de los Estados posnacionales y queda instalado en los intereses de lo restrictivo, lo local y lo más cerrado. El comunitarismo más tradicionalista será cada vez más atávico y rezagado. Cabe plantearse si el comunitarismo, como una experiencia de lo continuo, de estar acuerpado y agrupado con algo más importante que el hombre aislado, se preservaría como parte de la condición misma del ser humano.

### **A manera de conclusión**

El comunitarismo más tradicional y atávico, que expresa despotismo e injusticias, merece ser combatido y condenado por los Estados nacionales y por la comunidad internacional. A la luz de valores universalistas y modernos, se da una relectura del comunitarismo. ¿Qué aspectos, valores e instituciones heredadas de las comunidades humanas vale la pena cuidar y preservar?, y ¿cuáles deberían ser transformados en aras de sociedades más libres, democráticas, justas y prósperas? No vale, por tanto, la defensa o la condena a ultranza de lo comunitario. Lo que sí conviene tomar en cuenta

del comunitarismo, en el marco de los Estados nacionales y de lo posnacional, es la sensación de protección, refugio y cercanía que brinda la comunidad. A pesar del individualismo, la competencia y la sociedad acostumbrada al riesgo, el trasfondo comunitario, valorativo, está ahí en el ámbito internacional y en el interior de los Estados nacionales. Es de esperar que no aliente tendencias coactivas y que impulse a los sujetos sociales a la autonomía responsable y a la libertad comprometida; y que los Estados nacionales y la aldea global recuperen la experiencia de lo comunitario para alentar mecanismos de integración social plenos, que eviten las prácticas de identidades restringidas y fundamentalistas que rechazan lo universal y lo institucional porque les resulta demasiado lejano y distante. Es necesario un continuo consensuado, una recuperación de lo mejor del trasfondo de lo comunitario.

## Bibliografía

- Apter, David E. (1972), *Política de la modernización*, Paidós, Buenos Aires.
- Barber, Benjamin R. (2000), *Un lugar para todos. Cómo fortalecer la democracia y la sociedad civil*, Paidós, Barcelona.
- Bataille, Georges (1985), *El erotismo*, Tusquets, Barcelona.
- Berman, Marshall (1992), *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Siglo XXI, México.
- Bovero, Michelangelo (2001), “Tutela supranacional de los derechos fundamentales y ciudadanía”, *Revista internacional de filosofía política*, núm. 18, diciembre, pp. 5-23.
- Clastres, Pierre (2001), *Investigaciones en antropología política*, Gedisa, Barcelona.
- Dahl, Robert (1992), *La democracia y sus críticos*, Paidós, Barcelona.
- Daraki, María (2005), *Dioniso y la madre tierra*, Abada, Madrid.
- Durkheim, Emile (2007), *Las formas elementales de la vida religiosa*, Akal, Madrid.
- Duvignaud, Jean (1990), *La solidaridad. Vínculos de sangre y vínculos de afinidad*, Fondo de Cultura Económica, México.

- Dworkin, Ronald (1996), *La comunidad liberal*, Universidad de los Andes/Siglo del Hombre, Bogotá.
- Etzioni, Amitai (1999), *La nueva regla de oro. Comunidad y moralidad en una sociedad democrática*, Paidós, Barcelona.
- Habermas, Jürgen (2008), *Facticidad y validez*, Trotta, Madrid.
- Heidenheimer, Arnold J., Michael Johnston y Victor T. Le Vine (2002), “Términos, conceptos y definiciones: una introducción”, *Zona abierta*, núm. 98-99, pp. 27-43.
- Kastoryano, Riva (1998), “La cuestión de la ciudadanía. Más allá de la sangre y la tierra”, *Revista internacional de filosofía política*, núm. 11, mayo, pp. 46-65.
- Maffesoli, Michel (1998), “Sobre el tribalismo”, *Estudios sociológicos*, vol. xvi, núm. 46, enero-abril, El Colegio de México, México, pp. 17-23.
- Marramao, Giacomo (1993), “Paradojas del universalismo”, *Revista internacional de filosofía política*, núm. 1, abril, pp. 7-20.
- Pettit, Philip (1999), *Republicanism. Una teoría sobre la libertad y el gobierno*, Paidós, Barcelona.
- Rostworowski de Diez Canseco, María (1988), *Estructuras andinas del poder. Ideología religiosa y política*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Rousseau, Jean Jacques (1985), *El contrato social*, Sarpe, Madrid.
- Schumacher, E. F. (1990), *Lo pequeño es hermoso*, Tursen/Hermann Blume, Madrid.
- Taylor, Charles (1996), *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Paidós, Barcelona.
- Thompson, E. P. (1989), *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, t. 1, Crítica, Barcelona.
- Tvardovskaia, Valentina Aleksandrovna (1978), *El populismo ruso*, Siglo XXI, México.
- Villoro, Luis (1998), “Autonomía y ciudadanía de los pueblos indios”, *Revista internacional de filosofía política*, núm. 11, mayo, pp. 66-78.
- Womack, Jr., John (1985), *Zapata y la revolución mexicana*, Siglo XXI/SEP Cultura/Dirección General de Publicaciones, México.